

Palabras en nombre de los galardonados con la «Medalla de los cincuenta años» de la Real Sociedad Española de Química

Manuel Martín-Lomas

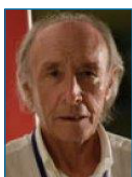
Nuestro presidente me pidió hace algunas semanas que dijese unas palabras en nombre de los que hoy hemos recibido la medalla por los cincuenta años de permanencia en la Real Sociedad. Yo le advertí, entonces, sin conocer la lista de los que íbamos a recibirla, que no creía ser el más indicado para hacerlo y, ahora que la conozco, estoy absolutamente seguro de ello. No obstante él insistió y yo finalmente accedí, aunque haciéndole aceptar el compromiso de responsabilizarse de cualquier incidente que hoy pudiera ocurrir aquí, como consecuencia de mi intervención.

Mi principal reticencia a tomar la palabra en este acto se debe, sencillamente, a que mi relación con la Sociedad durante el medio siglo que llevo en ella ha sido muy escasa, muy distante y, ocasionalmente, muy crítica. Para muchos de los de mi generación –o, por lo menos, para muchos de los que estudiamos e hicimos nuestras tesis doctorales en universidades de provincias en los años 60 del siglo pasado, inmersos en el ambiente universitario rebelde, contestatario e inconformista de la época– la Real Sociedad fue siempre una entidad lejana, una vieja institución madrileña en manos de los que tenían el poder, que se dedicaba a organizar reuniones de cuando en cuando y que editaba una revista que aparecía de modo muy irregular, pero siempre con muchos meses o incluso años de retraso, en la que se publicaban unos artículos escandalosamente plagados de errores tipográficos. Para-

dójicamente era en esa revista en la que nuestros maestros –sobre todo aquellos que, como el mío, ya ocupaban sus cátedras antes de la guerra civil– solían publicar la mayor parte de sus trabajos. Para ellos la Real Sociedad seguía siendo la vieja y venerable sociedad de los químicos españoles, que tanto había contribuido a la institucionalización de la química en España, desde principios del siglo xx, y los *Anales* el órgano natural de difusión en lengua castellana de las investigaciones de sus miembros. Tanto es así que cuando empezábamos a hacer nuestras tesis doctorales nos aconsejaban que nos hiciéramos socios y como en aquellos años, pese a nuestra rebeldía y a nuestro inconformismo, los consejos de los maestros eran órdenes, casi todos ingresamos muy jóvenes en la Real Sociedad. Pero para mí y para muchos de nosotros la Real Sociedad era una institución pobre, atrasada y decadente en consonancia con la irrelevancia de la química española y con el entorno científicamente subdesarrollado en que nos tocó empezar a trabajar.

Luego, en la década de los 70, unos años mayores, con una perspectiva más amplia después de una estancia posdoctoral en el extranjero, nuestra consideración de la Real Sociedad y nuestra relación con ella no mejoraron en absoluto. A ello contribuyó en buena medida nuestro convencimiento, una vez que perdimos el pelo de la dehesa, de que ni las Bienales ni los *Anales* eran los instrumentos adecuados para darnos a conocer y dar a conocer nuestros trabajos y que, para ello, debíamos acudir a foros internacionales con mayor difusión.

En las siguientes décadas tuvo lugar un importante cambio político y social en España con una profunda repercusión en todos los ámbitos de nuestras vidas y, naturalmente, en nuestro sistema de ciencia y tecnología que experimentó la mayor transformación en toda su historia. Un nuevo marco normativo y un esfuerzo financiero sin precedentes nos permitieron entonces desarrollar nuestras carreras como investigadores independientes y con-



M. Martín-Lomas

Founding Director
CIC biomaGUNE

C-e: mmartinlomas@cicbiomagune.es

Recibido: 10/11/2016. Aceptado: 21/11/2016.

solidarlas en unas condiciones y con unos medios que no tuvieron las generaciones anteriores. Siendo aún bastante jóvenes tuvimos la oportunidad única, por lo insólito de la situación, de participar activamente –ser protagonistas en mayor o menor medida, cada uno según sus circunstancias y sus capacidades– en la transformación del sistema. La Real Sociedad no estuvo entonces entre nuestras prioridades y se mantuvo prácticamente ausente en todo este proceso, ajena al cambio, porque a nosotros mismos no nos interesó hacer el esfuerzo de incorporarla. Seguimos siendo socios, perteneciendo a los grupos especializados existentes y entrando en alguno de los nuevos que se fueron creando –yo, que nunca he tenido vocación ni capacidad asociativa, pertenezco a los de Química Orgánica, Hidratos de Carbono, Resonancia Magnética Nuclear y Química Biológica– pero la Real Sociedad siguió siendo ajena a nuestras vidas y a nuestro desarrollo como profesionales.

La transformación de la Real Sociedad naturalmente se ha producido, pero mucho después y muy lentamente y, en este proceso, no creo que los de nuestra generación hayamos jugado un papel activo; han sido gentes de generaciones posteriores los verdaderos protagonistas. La transformación ha sido difícil porque no ha consistido únicamente en adaptarse a la nueva situación de la química en España sino que, como todas las sociedades científicas del mundo, ha tenido que adaptarse también a los profundos cambios impuestos por las nuevas directrices en política científica, la revolución que ha supuesto la irrupción de los nuevos medios que internet ha capacitado y la creciente privatización y comercialización de los medios de comunicación científica. Hoy la Real Sociedad sigue viva pero es una sociedad esencialmente distinta de aquella en la que nos inscribimos en los años 60 del siglo pasado por consejo de nuestros maestros: ha llegado al momento actual conservando su condición de centenaria y venerable sociedad de los químicos españoles y es una sociedad independiente, pero integrada en la familia de las sociedades científicas de España y de las sociedades químicas europeas; además, ya no tiene un órgano propio para publicar las investigaciones originales de sus socios porque *Anales* se ha transformado tras fusionarse con las publicaciones de la mayor parte de las sociedades químicas europeas que han corrido la misma suerte.

A estas alturas y con toda esta historia, uno puede hacerse en un día como hoy, algunas reflexiones acerca de lo

que es la Real Sociedad en los tiempos que corren y lo que debe ser, si es que debe ser algo, en los tiempos por venir.

Uno se pregunta si en una época de creciente internacionalización como la actual, en la que el investigador tiene que competir cada día por la financiación y está sometido a un proceso permanente de evaluación, la Real Sociedad puede hacer algo que vaya más allá de lo que atañe a su propia estrategia institucional –que, prácticamente, se circunscribe a la programación de reuniones y a la política de premios– que redunde en beneficio de sus miembros.

Ahora que la política científica hace tiempo que ha dejado de ser lo que los expertos han llamado una “política para la ciencia” –que fomentaba esencialmente la investigación básica y dejaba gran parte la gestión en manos de los científicos–, para convertirse en una “política por la ciencia”, cuyos objetivos están en el ámbito de la investigación aplicada, el desarrollo tecnológico y la innovación, uno se pregunta si la Real Sociedad puede jugar un papel activo de asesoramiento o como grupo de presión en la elaboración de esas políticas; si en una situación como la que desde el año 2009 viene sufriendo la financiación de la investigación pública en España y ante la práctica desaparición de la ciencia entre las prioridades de nuestros gobernantes, tiene la Real Sociedad predicamento suficiente frente a las autoridades responsables para hacer oír su voz y contribuir a revertirla.

Uno se pregunta si, en relación con las controversias que actualmente socavan la confianza del público, en los avances y las consecuencias de la investigación y la industria química, está la Real Sociedad en posición privilegiada para crear foros de debate serio y tender puentes entre ciencia y sociedad.

Finalmente, uno se pregunta también si, ahora que la ciencia oscila entre las tensiones opuestas de la hiperespecialización y la interdisciplinariedad, sigue teniendo sentido mantener sociedades científicas disciplinarias como la Real Sociedad.

Yo no tengo respuesta a estas preguntas ni puedo predecir el futuro. Así que sólo me queda, en nombre de todos los que hemos sido ahora galardonados, aceptar la responsabilidad que nos corresponda por no haber sido capaces de dejar una Real Sociedad más fuerte e influyente y agradecer la distinción que hoy hemos recibido por haber permanecido fieles, pagando religiosamente nuestras cuotas, durante medio siglo.

Madrid, 10 de noviembre 2016